



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

DIRIJIDA

POR VICTOR CABALLERO Y VALERO

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Diaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

À NUESTROS SUSCRITORES.

El Director de SANCHO PANZA, nuestro querido amigo don Víctor Caballero y Valero, salió para Madrid antes de ayer. Debiendo permanecer el señor Caballero pocos dias en la Corte, la empresa de este periódico tiene la satisfaccion de anunciar á sus numerosos favorecedores que no sufrirá alteracion alguna el orden que en los trabajos de esta publicacion tiene establecido. Deseamos un próspero viaje á nuestro director y amigo, y esperamos que nos envíe desde la corte los trabajos literarios que nos ha ofrecido,

Retiramos el segundo artículo de la CRÍTICA LITERARIA de la Corona Poética dedicada á Murillo, que teníamos preparado para este número, y en su lugar insertamos LA DESPEDIDA que SANCHO PANZA hace á su querida Cádiz.

SEÑORES, HASTA LA VUELTA.

—¿Quién me cambia estos billetes para marcharme á Madrid?

—Si pierde usted cien reales, le daré cambio de mil...

—Dé usted espresiones al BANCO, me llevo el papel al fin.

Si fuera posible que los billetes del BANCO se volvieran piedras mas de uno de esos COMERCIANTES CALLEJEROS que afligen á la humanidad con su insaciable avaricia,

no podrian contar á esta fecha el número de sus DESCALABRADURAS. De este modo tendria la CRISIS MONETARIA una solucion pacífica. Hace tiempo que el Banco de Cádiz es el Herodes que degüella todas mis ilusiones. Intento comprar un frac con botones dorados y me dice el sastre:—Si va usted á pagarme en billetes se queda usted como Adán antes de comerse la manzana. Corro al Banco, y me dan un número para que cambie mis billetes el mes de Junio:—hombre, si yo no quiero ese dinero para ir á los toros del Puerto, sino para comprar un frac con botones dorados.—¡Jesus! eso está muy CURSI, no se estila;—y me quedo sin frac. Determino hacer un viaje á la Corte y vuelvo al Banco á cambiar el PAPELUCHO:—hombre, ¿por qué no se vá usted á Madrid en un buque aunque sea de muchacho de cámara?—Cristiano, digo yo;—si á Madrid no se va embarcado.—Pues ese es el ingenio; de hombres sábios, es el inventar cosas nuevas.—¡Santa Catalina! ¿qué daño le habré yo hecho al BANCO DE CÁDIZ que se opone nada menos á que yo visite la Corte?

Ya he probado que á Dios gracia no soy pariente del Banco de Cádiz. Ahora voy á explicar el por qué salgo para Madrid.

Hace cinco años que oí decir en una reunion de personas de EXPERIENCIA, lo siguiente: «el hombre necesitaba viajar, no puede aprender en los libros; la verdad no está en esos volúmenes encuadernados; la verdad anda de paseo por esos mundos de Dios, el hombre debe buscar á la verdad en los viajes; la Isla de Cuba es un pais espléndido, allí el oro y la plata buscan á los hombres, como las coquetas buscan á los incautos; el que visite la Isla de Cuba puede decir que se hace rico.»

Apenas escuché estas profecias de viejos tontos, olvidé el magnífico pensamiento de Chateaubriand que dice: «Dichosos aquellos que jamás han perdido de vista la torre de su parroquia.» Tomé pasaje en un buque de vela y con un mundo de ilusiones en la cabeza, con un tesoro de esperanzas en el corazon y con las manos en los bolsillos, llegué á la Isla de Cuba; César dijo: «LLEGUÉ, VÍ Y VENCI:» y yo, llegué, ví... y caí enfermo.

La fiebre amarilla tuvo la amabilidad de apoderarse de mi humilde persona y dió con mi cuerpo en una CASA DE SALUD; esto de llevar á una CASA DE SALUD á uno que no la tiene es la cosa mas original de este mundo de originalidades: escapé de las garras de la fiebre amarilla que me dejó seco como un esparto y pálido como un difunto; un día salí á la calle apoyado en un báculo y con mas trazas de jóven inválido que de CABALLERO andaluz: una mulatona de nariz arremangada y de chicote en la boca me dijo:—Eh! señó quítese su mercé de enmedio que parece el espíritu de la golosina.» Piropo que jamás he olvidado. Renegué de los consejos de las PERSONAS de EXPERIENCIA y me convencí de que en la Isla de Cuba sucede lo que en todas partes, que tiene dinero el que lo tiene, que hay que trabajar para comer, con la ventaja de que allí se muere uno de todo menos de una muerte natural.

Esta no es conmigo, dije yó, lié el petate y á mi tierra que es la tierra de Cristo.

Llegué á Cádiz y visité á mis amigos los señores de EXPERIENCIAS.

—¿Qué tal el viaje á la Habana? me preguntaron.

—Señores, respondí. En la Habana se vive bien teniendo salud y dinero; allí se suda á cántaros y se provoca á mares; como todo cuesta muy caro hay que trabajar doble para atender á las necesidades mas precisas de la vida: el pais es delicioso, las cubanas hermosísimas, los acreedores llueven, los amigos escasean, y por una onza de oro, media Isla de Cuba se come á la otra media; el que debe dos duros y no los paga va á la cárcel por doce dias; y esto es lo que yo no entiendo aunque me aspen, por que si un hombre debe dos duros y le prohíben que

trabaje en doce dias ¿cómo diablo paga á su deudor?

—V. no debió ir á la Habana, V. debe ir á Madrid, Madrid es un paraíso, es la jauja española, allí se hará V. un grande hombre.

—¿Con qué ahora salimos que en Madrid es donde está la felicidad, ¿no es eso?

—Pues es claro....

—Bueno, bueno, voy á Madrid y si en Madrid me sucede lo mismo que en la Isla de Cuba, ni creeré en la EXPERIENCIA de los viejos, ni vuelvo á salir de mi adorada Cádiz, ni viajo mas aunque me quede sin conocer á la felicidad.

—¿Qué vá V. á esperar de Cádiz? ¿Le dá á V. de comer su adorada patria? Vamos nosea Vd. tonto, á Madrid, á Madrid y á Madrid, me contestan los experimentados.

—Señores, cuidadito con lo que se habla, el amor de la patria es la segunda vida del hombre, es la flor mas hermosa del alma, cuyos perfumes, embriaga á los mortales: hé aquí por que el amor á la patria ha inmortalizado á tantos héroes. Yo amo á mi patria por que es mi segunda madre y en cualquier parte donde esté, tendrán mis ojos una lágrima y mi corazon un suspiro para ella...

—Cá... nada, lo dicho, á Madrid.

—Pues bueno, á Madrid, les contesté, y enseguida preparé mi viaje.

Gaditanos, me alegraré que cambien ustedes los billetes del Banco, que no es poca fortuna encontrar cambio. Que una lluvia de felicidades descienda sobre vosotros. Gaditanas, graciosas sílfides, que dejais á los hombres vizcos con vuestros ojos, salud, pensando en vosotras voy cantando:

Quién me verá á mí
Quién me verá á mí
tan bonito alegre y garboso
correr por Madrid,
correr por Madrid.

SANCHO PANZA.

LA VIDA.

Huye el tiempo velóz: la yerta mano
De la severa edad, en nuestra frente
Graba profundas huellas inclimente,
Y el oscuro cabello vuelve cano.

¡Desdichada existencia! Triste y vano
Afan de ser feliz el alma siente,
Y ¡ay! la felicidad es solamente
Bello ideal del pensamiento humano.

De una en otra esperanza ansioso vuela
El mísero mortal desde la cuna:
En la vejez aguarda todavía.

Y en pos del MAS ALLÁ que inquieto anhela
Sin encontrar jamás tregua ninguna,
Le sorprende feróz la muerte impía.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

A UN POETA EN SUS BODAS.

CANTO EPITALÁMICO.

Ved los esposos; enamante lazo
Ya ante las gradas del altar se inclinan:
Ya el sacerdote con acento grave
Fiel los bendice.

Tímida ella de rubor se cubre,
Leve suspiro de su pecho exhala;
Lágrimas vierten de placer sus ojos.
Lágrimas tiernas.

Tal aparece embalsamada y pura
Rosa temprana en la estación florida,
Cuando las áuras de vital rocío
Bañan sus hojas.

Vedlos, se acercan. Tributad, amigos,
Dignos loores á la esposa bella;
Mil parabienes al feliz consorte
Dad halagüenos.

Suenen los brindis, y del néctar puro
Cien y cien copas apurad, oh vates;
Triunfe esta noche de las NUEVE HERMANAS
Triunfe Lieo.

¡Oh, caro amigo! Que la gloria brille
Siempre á tus ojos y el amor sonría:
Dignas coronas de laurel y mirto
Ciñan tus sienes.

¡Quién más dichoso! De tu ninfa bella
Grato el acento halagará tu alma,
Noble entusiasmo, inspiración sublime
Dando á tu mente.

Canta poeta; que al vibrar tu lira
Láuros el mundo rendirá á tu nombre:
Ella tus triunfos partirá contigo,
Siempre dichosa.

Oh! sed felices: vuestra vida pase
Cual entre flores cristalino arroyo;
Nunca la estrella que brillante os guía
Velen las nubes.

CORO.

Suenen los brindis; apurad, amigos,
Cien y cien veces la espumante copa:
Suban al cielo nuestros fieles votos
Ecos del alma.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

SEVILLA.

¡POBRE MADRE!

BALADA.

AL SEÑOR DON VICTOR CABALLERO Y VALERO,
EN PRUEBA DE AFECTUOSA AMISTAD.

I.

Aun es de noche.
La campana de la aldea agita su lengua de bronce
dando al viento sus melancólicos sonidos.

Es la señal del alba.

Al toque de diana, y á la tibia luz del matutino crepúsculo, se vá reuniendo lentamente una partida de soldados en las calles de la aldea. Al verlos se comprende fácilmente que se disponen á marchar.

Entre ellos distínguese un jóven alto, bien formado, de téz morena y de semblante expresivo, cuya penetrante mirada se fija con tristeza en una mujer, todavía jó-

ven, de cuyos bellos ojos se desprenden amargas lágrimas.

Esta mujer es su madre.

Vá á verlo quizás por la última vez, y no quiere separarse de él, sin darle ese último ¡adios! cuyo recuerdo es el único consuelo que á la infeliz le restará en su triste soledad.

II.

¡Pobre madre! Cuán dichosa se contemplaba cuando en una de esas tranquilas mañanas de la riente primavera, veía jugar al tierno niño en el prado y correr tras las pintadas mariposas!

Magdalena había perdido un esposo tierno que la adoraba; pero en medio de su desgracia se juzgaba feliz, porque el cielo le había concedido un hijo.

El bello rostro del niño le hacía recordar al hombre que tanto amó, y sus inocentes caricias eran para ella un bálsamo reparador que cicatriza las heridas de su corazón angustiado.

Como la mística flor que revive y abre sus pétalos al matinal rocío, así su decaído espíritu revivía y se entregaba á la dulce esperanza de un porvenir tranquilo.

Desgraciada! Aun le restaba que apurar hasta las heces, la amargacopa del dolor....

Una mañana llegó á la aldea un pequeño destacamento de tropa, que venía á reclutar soldados.

Al verlo palideció su rostro; sus piernas, temblorosas, no pudieron sostenerla, y cayó de rodillas ante una imagen de la vírgen....

Su hijo había cumplido ya diez y ocho años y el corazón le anunciaba que iba á quedarse sin él.

Infeliz! Cuán pronto vió realizados sus tristes presentimientos!

III.

¡Hijo mío, volverás?

Tu madre, agoviada por el dolor de tu ausencia, aún tendrá valor para esperarte... Pasaré las noches rezando ante la imagen de la vírgen... Nunca, hijo mío, se apartará de mí tu memoria, y el cielo me prestará valor para esperar tu vuelta.

Si; porque yo necesito que tú vivas para volverte á ver, para aspirar á tu lado como en otro tiempo las perfumadas brisas de la primavera; para que un día seas consuelo de mi vejez, y al fin pueda exhalar en tus brazos el último suspiro.

—Tranquilizaos, madre mía!

—Ah! si no volviera á verte.... si sucumbo al dolor de tu ausencia y tú aún vives, acuérdate, hijo mío, de depositar siquiera una pobre flor sobre mi tumba solitaria.

—Desechad, ¡oh madre! tan lúgubres pensamientos.

—Hijo mío, adios!

—¡Adios, madre mía!

Y este triste ¡adios! unido á los sollozos de la madre, se confundió con el estruendo de los tambores y con el de los pasos de la tropa que se alejaba.

IV.

Es ya de día.

Hace mas de una hora que los soldados han desaparecido, y todavía la triste madre tiene fijo sus ojos en el camino.

El sol se eleva majestuoso en el sereno azul del firmamento, dando vida al campo con sus dorados rayos, pero ese sol luciente que alegra el corazón de los mortales, aparece á los ojos de la madre aflijida semejante á una antorcha funeraria.

Vedla vagar errante por la solitaria floresta...

Detiéndose á orillas del cristalino arroyo que parece murmurar amores; pero el blando rumor de sus aguas no acaricia ya sus ensueños de ventura.

Con tardo paso, triste y macilenta recorre la pradera por mil flores esmaltada. ¡Ay! aquellas hermosas flores no tienen ya para ella ni color ni vida.

¡Pobre madre!

¡Su frente se inclina como la flexible rama del sauce, y lágrimas del corazón se desprenden de sus ojos!

De pronto se detiene... sus fuerzas le faltan y cae de rodillas exclamando:

— ¡Hijo mío! ¿volveré á verte?

V.

Está anocheciendo.

Es esa hora misteriosa en que el último suspiro de la tarde se pierde en el silencio de la noche.

La argentada luna aparece tras el monte, riellando en las tranquilas ondas del lago, y sus tibios resplandores difunden una débil claridad por la llanura.

La fresca brisa del Abril florido, impregnada de mil olores suaves, viene á acariciar blandamente el rostro del labriego, que abandonando los aperos se retira á su tranquilo hogar.

Por la estrecha senda que conduce á la ermita de la aldea, se vé caminar con paso tardo á una mujer que se dirige al santuario.

Es Magdalena, la madre de Pablo el recluta.

Hace cinco años que su hijo falta de su lado, y ni una sola noche ha dejado de ir á rezar por él ante la sagrada imájen de la vírgen, y á pedirle por su vida.

¡Desgraciada madre!

Su terso rostro que al blanco mármol igualaba, hoy se vé surcada de arrugas, signo evidente de una prematura vejez.

Su larga cabellera, más negra y brillante que el luciente ébano, ha encanecido ya; y su viva y penetrante mirada tornóse triste é indecisa....

Ni una lágrima surca por su mejilla, que el dolor marchitó.

Contempladla un momento.

Ha entrado en el santuario, y puesta de hinojos se la vé con la frente inclinada hácia el suelo.

Una lámpara pequeña, pendiente de labóveda difunde una débil claridad por el templo, y á su oscilante luz descúbrense apenas á la infeliz viuda.

Está sola: reza fervorosamente y en medio de sus oraciones se la oye murmurar en voz baja el nombre de su hijo.

De pronto levanta su frente, abatida por el dolor, y pónese á escuchar un canto lejano que apenas se percibe.

Es Antonio, el inseparable compañero de Pablo, que vuelve licenciado del ejército, y que viene entonando esta estrofa de un aire popular:

Decidme, áuras fugaces,
decidme por piedad,
si en la ausencia me ha sido,
mi amada desleal.

Empero ella ha reconocido su voz, y lijera como el viento sale al camino á encontrar al amigo de su hijo.

Fatigada, jadeante, llega hasta él y le pregunta:

— ¿Mi hijo vive?

Pero el buen Antonio fija en ella sus ojos compasivos, y por toda respuesta le señala al cielo.

— Muerto!... grita entonces en el paroxismo de su dolor.

Y dando luego una carcajada horrible, estridente, se lanza en direccion de la aldea.

La infeliz estaba loca.

VI.

Desde aquella funesta noche, la desgraciada Magdalena vaga silenciosa por los prados que vieron nacer á su querido hijo.

Hay ocasiones en que se detiene ante algun árbol,

ante alguna fuente sonora, que encierra recuerdos para su corazón doliente, y dice con seguro acento:

— ¡El volverá!

Y pasa días enteros sentada á orillas del arroyo, contemplando el curso tranquilo de sus límpidas aguas.

Allí, fija á veces su mirada en el cielo, recuerda tal vez su pasado, y una lágrima entonces se desprende de sus ojos...

¡Pobre madre!...

Esta sola lágrima encierra el triste secreto de su vida; la historia de sus dolores.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla.

En uno de nuestros números anteriores insertamos una composición BILINGÜE de nuestro colaborador D. Guillermo Morera, escrita en el ALBUM del Dr. Mr. Louis Ernest; hoy damos á continuación la contestación que este conocido escritor francés ha puesto en el ALBUM de nuestro amigo el Sr. Morera.

A MI AMIGO GUILLERMO MORERA.

Los versos que me dedicas
Guillaume, je viens de lire
y en la respuesta no acierto
par où commencer à écrire.

Con piropos y lisonjas
tu as blessé ma modestie.
¡Lástima que de eso trate
une si belle poésie!

Por el noble pueblo ibero
je suis plein de gratitude,
y placer encuentro siempre
faisant d'Espagne l'étude.

Admiro á los españoles:
c'est pourquoi mes écrits
contienen mil alabanzas
envers ce noble pays.

Ni podía aunque quisiera
écrire, comme le fit Dumas,
hablando allá á su capricho
de choses qu'il ne vit pas.

En fin ¿qué quieres que diga?
je me trouve bien ici.
Si quiero á los españoles
il faut que je t'aime aussi.

Iba á hablarte de españolas...
ça fait perdre la raison,
por ellas olvidaría
à toi et à L'ILLUSTRATION.

Si tus versos eran malos
je ne veux parler des miens,
porque al lado de los míos,
sont encore meilleurs les tiens.

Para concluir te advierto
ma foi, que tous tes écrits

siempre para mi apreciables,
dans mon album seront mis.

Tus versos me hacen honor,
Señor;
me alivian estando enfermo,
Guillermo;
me encantan por su manera,
Morera;
por eso el que firma espera,
y espera con ansia suma,
que no dejarás la pluma,
SEÑOR GUILLERMO MORERA.

Dr. Louis Ernest.

UNA NOVELA AL VAPOR.

V.

—¿Sabías que yo estaba aquí?—la preguntó Eduardo que no podía sostener aquel estado tan violento.

—Sí, lo sabía; y he venido á buscarte.

—¿Has venido en otras ocasiones á buscar á otro? Clara enmudeció.

—Desgraciada!—esclamó Eduardo bajando la voz. Los dos callaron nuevamente.

—¿Y tu marido?—dijo despues Eduardo.

—¡Mi marido!... me ha sido infiel.

—¿Pero vive?

—Sí; vive con otra mujer. Esa es la espacion de mis faltas.

—¿Pero tú amabas á aquel anciano?...

—No.

—¿Era rico?

—Sí.

—¿Te vendiste!

—¡Ah! Eduardo, ¡por compasion! no me mortifiques: harto castigada estoy por mis remordimientos.

—¡Perdóname, Clara! Yo no debia ser tan severo contigo: yo que tanto te amo. Lo que me desespera es no poder volverte tu virtud.

—¡Para mancillarla contigo!...—dijo Clara con una amarga ironia. Si supieras mi historia...

—Cuéntamela.

—No; tal vez me aborrecerías, por mas que tu amor forme en ella la mas hermosa página.

—Yo no puedo aborrecerte, Clara—acercándose á ella y volviendo á cojer sus manos.—¡Aborrecerte!... tu que ha sido la diosa de mis ensueños, mi bien y mi desventura, mi vida y mi muerte. ¿Sabes tú cuanto he sufrido por tí? puedes comprender lo mucho que te he adorado? Aunque te hubiese encontrado en el mas impuro ceno... apartaria la vista, huiria de tí; pero seguiria amándote. Cuéntame, pues, tu historia.

—Es muy breve: en veinte y dos años que cuento, pocos acontecimientos pueden encerrarse. Una virtud y un vicio se enearon en mi corazon desde el principio de mi adolescencia. El amor al hombre, el amor al lujo: con una educacion recogida, no pude satisfacer el primero: con la escasa fortuna de mis padres no podia satisfacer el segundo. Difícil era satisfacer el puro deseo de mi corazon, porque no es fácil encontrar en el mundo esa preciosa mitad de nuestra alma, cuya conjuncion produce la felicidad terrena.

Mas fácil era saciar el segundo deseo; porque siempre hay hombres que compren el amor como una mercancía.

Quedé huérfana, y el diablo tentador de los sentidos se entendió fácilmente con el diablo tentador de la codicia. El anciano que me acompañaba en el viaje fué mi primer amante.

—¿Y la otra mujer vieja que iba con vosotros?

—Era su antigua manceba, una mujer mercenaria, con quien habia vivido muchos años.

—Me pareció una mujer instruida.

—Sí, muy amable y cariñosa; mas en el fondo de su alma estaba el infame vicio de la codicia. Pero soy muy injusta: ella al menos se habia comprometido con aquel hombre cuando era jóven; pero yo...

—Continúa, Clara.

—Aquella mujer tenia sobrado talento y era demasiado buena para no comprender que era una reina destronada, una reina repudiada que debia rendir pleito-homenaje á la nueva soberana. El vicio nos habia unido, y en semejante estado de envilecimiento, consiguiendo ensordecer nuestra conciencia, nos considerábamos casi dichosos. El viejo acariciaba á la jóven sultana valida delante de la vieja sultana y esta se consolaba leyendo á los poetas bucólicos, y esperando que la lectura de un codicilo la hiciese dueña de una cuantiosa herencia.

En esta situacion me vió un hombre que creyéndome cándidamente como tú, hija del anciano, me dirigió palabras de amor y me ofreció su mano.

Yo no le amaba: no podía amarle, por que no era el tipo ideal de mi imaginacion; mas era esclava, esclava de mis propias debilidades, y deseaba romper la cadena.

Aquel hombre, me manifestaba un puro y vehemente amor: tenia buena figura, contaba con bienes de fortuna era de un carácter bondadoso...

Formé mi plan: era necesario evitar á todo trance que penetrara la naturaleza de mis relaciones con el viejo. Púsemme de acuerdo con doña Alfonsa. Yo debia ser hija de esta, y sobrina de don Hijinio que era á un mismo tiempo mi tutor; pero tio y tutor irreconciliable con el matrimonio de su pupila y sobrina.

Era necesario huir con aquel hombre, dejarse robar arrancándole antes una escritura en que se comprometiera á ser mi marido. Debíamos marchar al extranjero y allí consumir nuestro matrimonio por otro rito si no podíamos realizarlo dentro de la comunión católica.

Todo salió segun nuestros planes. Huimos á Gibraltar donde nos enlazamos en presencia de la religion.

Hemos recorrido varios paises. El agradecimiento me hacia amar como á un hermano al hombre á quien habia infamemente engañado.

Mas el diablo dormia y arrojó en el camino de Andalucía al viejo don Hijinio, que habiéndonos encontrado en una posada, quiso imprudentemente recobrar sus antiguos derechos.

Yo le impuse silencio con una mirada fascinadora que lo aterró.

Mi marido solo comprendió de los ademanes descompuestos del viejo, que íbamos á exigirle cuentas de la administracion de mis bienes, y siendo demasiado rico y desinteresado, no hizo caso del viejo: seguimos nuestro camino.

Mas no por eso desistió del empeño de recobrarme y nos ha seguido por todas partes, como observarias en la estacion del ferro-carril de Jerez á Sevilla.

—Y por cierto que hizo un papel ridículo.

—Mi marido se consideraba feliz; pero fermentaba en mi alma una pasion que no podia adormecer mi brillante fortuna. Yo amaba sin tener objeto en quien depositar mi amor. Las caricias de mi marido llegaron á serme odiosas, como me lo fueron siempre las del viejo don Hijinio. Ansiaba por recobrar mi libertad.

El destino protejió mis deseos. Una mujer tentadora

que frecuentaba mi casa, que llegó á ser mi amiga, sedujo con sus atractivas miradas al hombre que solo habia encontrado la felicidad en mis brazos.

Aunque de temple pacífico, mi marido era tenaz en sus afecciones. Por algun tiempo estuvo indecisa la balanza de su cariño entre las dos; al fin se inclinó del lado de mi rival.

Yo observaba constantemente sus luchas, contaba los latidos de su corazon, y el mio se dilataba mientras mas grados iba perdiendo en su cariño.

Finalmente, mi marido verificó un segundo rapto huyendo á los Estados-Unidos, con su nueva amante.

Me dejaba asegurada una renta sobre los réditos de algunas fincas cuya administracion dejó á mi cargo. Todos estos documentos se me entregaron despues de su marcha, por un procurador.

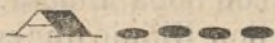
Ya estaba libre: ya era dueña de mis acciones; pero que uso iba yo á hacer de mi libertad? Donde estabas tú, que eras el objeto por quien yo la deseaba? Dónde te encontraría? Aun ignoraba tu apellido; sabia que te llamabas Eduardo y nada mas.

Yo habia encargado la administracion de mis bienes al procurador que era de los negocios de mi marido al mismo que me habia puesto en posesion de ellos en su nombre. Parecia un hombre probo: me engañaba; antes de dos años mis posesiones estaban empeñadas; mis bienes embargados. Yo lo ignoraba todo, firmaba los documentos que me presentaba y jamás me cuidaba de enterarme.

Mi pensamiento estaba en otra parte: entí.

(Se continuará.)

DR. PERO-RECIO.



Lloras madre
porque el hado
de tu lado
me arrancó?

No llores, né, madre amada,
que en esta régia morada,
se aprende á adorar á Dios.

Si en el mundo
proceloso,
el reposo
de tí huyó;

Te enviaré desde este cielo
miradas que dén consuelo
á tu pena y tu dolor.

Y en la estancia
solitaria,
la plegaria
oirás de mí;

Que hago al Dios de los humanos,
por los rigores insanos
de esa tu suerte infeliz.

Cese el llanto
de tus ojos,
porque enojos
á mí, dán;

Que aunque ausente, madre mia,
mi alma por noche y dia
junta á la tuya se está.

Tiende al cielo
tu mirada,
madre amada,
por favor:

Y allí me verás, querida,
dándome aliento á la vida,
el aliento de tu amor.

JOSÉ DE ARCOS Y PEREZ.

GALERIA BIOGRAFICA.

CELEBRIDADES.

LOLA MONTES.

(Continuacion.)

Conviene saber que los antecedentes del nuevo compañero de Lola, á quien ella llama su cocinero, son los mas deporables, segun puede atestiguarlo los recuerdos que de él conservan los casinos y otros establecimientos de toda la Alemania, en donde se presentaba unas veces como pariente de un célebre historiador, y lo era en efecto, pero otras veces decia ser marqués, y haber presenciado la batalla de Novara, perdida por Carlos Alberto contra los Austriacos, y en la que salió herido. Usaba el uniforme de los croatas, y se adornaba con las insignias que le parecia, y su vida toda era un tegido de farsas y misterios, por lo que pudo, ayudado de Lola, hacer caer al rey Luis en mano de sus asechanzas.

Una sonámbula predice á la heroína que ha da ejercer gran prestigio sobre un gran monarca.

Esto salió cierto en efecto. El rey que Lola sedujo fué el de Baviera, al verla en casa de uno de sus chambelanes; el cual le demostró el deseo de verla bailar un FANDANGO.

Cinco dias despues habia bailado ya y de tal manera ante la régia persona aficionada al baile; que fué presentada oficialmente en la corte como la mejor amiga del monarca.

El 14 de Agosto de 1847 espide el rey un decreto en Aschaffembourg, concediendo á la favorita la ciudadanía de Baviera, y sucesivamente fueron apareciendo el nombramiento de baronesa de Rosenshal y condesa de Landsfeld.

El escudo que usaba, hecho en Alemania, consistia en cuatro cuarteles.

El primero tenia un sable de plata y un puñal de oro en campo de gules, el segundo un leon coronado, dispuesto al combate, sobre campo azul; el tercero, sobre el mismo campo, un delfin vuelto hácia la izquierda, y en el cuarto, una rosa pálida en campo blanco.

Sobre el escudo se destaca una gran corona condal, adornada con nueve perlas, las láminas del yelmo son de plata y gules á la derecha, y á la izquierda de azul y oro.

No satisfecho el rey con estas demostraciones y atenciones, acordó señalarle una pension de diez mil duros y mandó le construyesen un gran palacio en la Corte.

La reina recibió á la nueva condesa de orden del rey, con la cortesía debida y le presentó el gran cordon de baronesa de la orden de Therese; orden que la misma reina habia creado y dado su nombre.

Tantos actos de locura por parte de un rey, nada jóven, no podian pasar sin escitar graves conflictos, y hasta el trono pudiera verse amenazado.

En efecto, las cosas llegaron hasta el punto de pre-

sentar su dimision el ministerio en masa, y su presidente M. Abel dirige al monarca una carta amenazadora.

Lola aprovecha esta ocasion para llamar al partido liberal de la nacion, y forma la lista del nuevo ministerio; prometiéndose que el nuevo giro que imprimia su travesura á los negocios del estado, le hicieran acreedora á las simpatías de una nacion estraña para ella, y la que repudiaba el favoritismo de una mujer cuya conducta era tan vituperable.

Así es, que á pesar del círculo de aristocráticos cortesanos que corrieron á postrarse ante el nuevo idolo, á pesar de no hallar obstáculo alguno, todas las órdenes que como supremo poder espedia, y á pesar de los escritores, pintores, príncipes, y grandes señores que la ensalzaban, adulaban y sostenian, la condesa de Landsfeld no podia salir á la calle sin ser silbada, y sin recibir las mayores muestras de desden, menosprecio é injuria.

Un cortesano pretendió, y quizás con éxito, ser el Pigmalion de esta Galatea, siendo esto causa de que se desbordase el descontento mal contenido, iniciado por los estudiantes, y seguido por todas las demás clases de la sociedad.

Los estudiantes bávaros, á imitacion de sus compañeros los de otras Universidades de Alemania, formaron varios grupos que tomaron distintos nombres, y adoptando diversos colores que mostraban en sus sombreros.

Los de la capital eran cinco y llevaban los nombres de Pfalzer, Schwaben, Franken, Isaren, Bavaren, principales provincias del reino: y en el mismo palacio de la condesa, se formó un sexto grupo que denominaron Alemania y presidia la favorita. Estos usaban un sombrero de color grana y una pluma de muchos colores.

Los cinco grupos, al saber la determinacion de los hijos de los nobles, de formar y vestirse con los colores de este nuevo club, acordaron y llevaron á efecto el romperles sus insignias, y declararlos indignos hijos de Baviera; llegando el caso de al asistirá clase en la Universidad, arrojarlos de ella, á pesar de la presencia del Doctor Sieber.

El suceso ocasionó gran sensacion en el círculo de la favorita, y se amenazó á los promovedores del escándalo; pero en vez de surtir algun efecto esta amenaza, irrita aun más los ánimos, y ya es imposible que salga ningun gorro grana sin ser maltratado y perseguido. El ministro de instruccion pública, que lo es interinamente el de negocios estrangeros, el principe de Wallerstin, se dirige en persona á apaciguar el tumulto, que ni el rector ni profesores han podido dominar, sin que su presencia baste á impedir que sean perseguidos y llenos de denuestos, hasta el palacio del rey en la iglesia de los Teatinos.

A estas demostraciones y amenazas, contesta la condesa con la frase humillante de que «en la caballeriza de la nacion, si algun caballo sale malo, muchos quedan que son buenos.»

Los abucheos siguen y los apaleos, y no pueden ir solos ninguno de los «alemanes» sin esponerse á ser atacados, teniendo que refugiarse en una de sus tentativas, por atravesar solo la ciudad el conde de Hirschberg en casa de un fondista nombrado Rottmauner.

Esta casa era el lugar de sus reuniones, y el conde xasperado y abochornado por la audacia de los demás

estudiantes que le perseguia, se arroja sobre ellos puñal en mano. Los otros que eran muchos le pudieron desarmar, y la policia que acudió no se atreve á arrestar á tanto noble, como hay reunido.

En esta situacion dirigen una carta á la condesa pidiéndole auxilio, y en honor de la verdad, un arranque de generosidad la hizo acudir inmediatamente sola y á pié al lugar del conflicto: pero su arranque fué impotente, pues se vió silbada y perseguida, teniendo que refugiarse en las casas mas próximas, de las cuales muchas le niegan socorro, entre ella la de la legacion de Austria.

Demasiado era esto, sin embargo, de que las iras del pueblo no tiene límites en llegándose á desbordar: pero así como se mostraban insolentes, amenazantes, y sin esperanza de transacion, la varonil condesa crecía en ánimos, hasta que afortunadamente fué salvada de este conflicto por el rey que le ofreció su brazo cuando mas encarnizados estaban sus enemigos, y la condujo al real castillo en donde se estaba verificando una fiesta, de la cual salió secretamente en su busca.

Al llegar á los Teatinos, entraron en la iglesia y la condesa cae de rodillas ante el altar y dirigiéndose al Señor, le suplica en voz alta; «Dios mio, protejed á mi mejor amigo.» De seguida se dirige al umbral de la puerta del templo con una pistola en la mano, y la descarga al pueblo que la apostrofa, pero afortunadamente no causó daño alguno.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

TEATRO PRINCIPAL.—Después de la larga clausura, ó abstinencia cuaresmal, que lleva hace tiempo nuestro primer coliseo, corren varios y contradictorios rumores sobre los proyectos de compañía que elabora la empresa. Dicese por algunos, que el Sr. Valero se pondrá al frente de un cuadro dramático; otros opinan que la popular zarzuela asentará sus reales en esta comarca, y aseguran varios que el *mágico* y *egipcio* prestidigitador desprestigiado, M. Peyres et Lajournad, abrirá un abono por 120 representaciones, para que los gaditanos saboreen lenta y deliciosamente, sus *admirables, limpias y originales* suertes de *escamoteo á vista* del público. Veremos en qué paran estas músicas, y ya pondrá SANCHE en conocimiento de sus lectores, lo que ocurra sobre el particular.

La Toda que ya no es toda
la cantante que ella era,
es la tiple que tendremos
la próxima primavera,
en el primer coliseo
donde la Penco luciera....
Al saber esta noticia,
tiré al aire la montera,
y exclamé; ¡Oh empresa Toda!
y ¡oh pobre, toda zarzuela!

TEATRO DEL BALON.—Continúa la jóven Pilar Ros ejecutando las producciones de su repertorio, y mas de una vez ha sido ardientemente aplaudida, no obstante lo mal ensayado de algunas obras en que ha tomado parte. Desearíamos mas aplomo, menos precipitacion y ligereza.

en esta pequeña actriz, y que acentuara con algun fuego en ciertas situaciones. De lo contrario empezará su carrera esta niña, adquiriendo algunos graves defectos, que luego le serán difíciles estirpar.

La Medina y Ambrosio no cesan de esforzarse por complacer al público, y presentan algunos *tableaux* coreográficos de buen efecto y variados episodios.

También debemos hacer especial mención del individuo de dicho cuerpo Sr. Guerrero, que caracteriza perfectamente el tipo de *gallego* entre aquel par de chatas marusas, y por la cual recibió varios aplausos del público en el baile compuesto por el Sr. Martinez, titulado, *Las cuatro provincias*.

Dicen que un tal Ballestero, cantará en el Principal; con eso tendrá la empresa la suerte del General.

Mis queridos lectores; se acerca la *Santa Semana*, y SANCHO se apresura á abandonar su tono festivo, y á abrir un paréntesis grave y serio, para meditar en los sacrosantos misterios de nuestra Religión. Pronto reaparecerá cabalgando en su paciente asno, inseparable observatorio de su persona, y desde aquel *elevado* lugar, continuará tomando acta, y anotando hechos, cumpliendo así con la penosa misión que se tiene impuesta.

Cuando empiece la zarzuela dos funciones veré á un tiempo: la *Carcajada* en el patio, y en la escena el *Juramento*.

La compañía suiza de *Campanólogos* está haciendo furor en el teatro de Córdoba. Según noticias irán después á Sevilla, y para primeros del próximo Abril llegarán á esta ciudad donde también darán sus campanudos conciertos.

Trasladamos la noticia á la empresa del teatro Principal;

Pues según lo que se cuenta, son mejores las campanas, que la *troupe* de zarzuela que Don Faustino prepara.

El público de la Isla, á Dell'Armi nunca aplaude en las óperas que canta, como al final no lo maten.

A ÚLTIMA HORA.—Sabemos que el director de la compañía que va á trabajar en el teatro Principal, es el tenor cómico Sr. Pastor, como si dijéramos el Tamberlik español de la zarzuela.

Si por la muestra se saca el paño medrados vamos á estar....

Al solo anuncio de la cosa, mi rúcio se ha puesto ronco de cantar;

Dos cosas á mi me gustan del gran artista Pastor; la primera los brinquitos, después el cantar sin voz.

COSAS QUE SE DAN LA MANO.—La ancianidad y la muerte.
La miseria y el desprecio.
El movimiento continuo y la cuadratura del círculo.
La ignorancia y la presunción.
La ciencia de curar y las teorías de los terremotos.
La navegación aérea y la submarina.
Las ilusiones que se forman de las auroras boreales y de los pollos del mundo.
Las alabanzas propias y la necesidad.
Y los hijitos de Adán y las hijitas de Eva.

COSAS QUE SE DÁN EL PIÉ.—El talento y el dinero.
La literatura y el comercio.
La pluma y la espada.
La virtud y el vicio.
El periodismo y la fortuna.
El amor y la paciencia.
Los celos y la calma.
La ira y la reflexión.
La indulgencia y la envidia.
El oro y el banco de Cádiz.
El teatro del Balon y el sentido común.
SANCHO PANZA y Juan Oscuridades.

El Banco de Cádiz está muy malito, tiene un dolor de muelas que ni el mismísimo don Manuel Narvaez, que es un consumado dentista, no ha podido sacársela.

En poniéndole una cataplasma de millon y medio de duros, se alivia: mientras, nó.

Por no gastar un cuarto Juan Calambre, y por querer ahorrar, murió de hambre. En cambio derrochó tanto Gustavo que pereció por fin, sin un centavo. *Esto prueba, lector, en casos tales, que todos los extremos son fatales.*

He recibido el tercer número de *Las Circunstancias*; me gusta, me gusta y me gusta: su director, señor Llofríu, es un mozo que sabe decirle una fresca con gracia á la estrella *matutina*.

PUNTOS DE SUSCRICION.—En Cádiz, en la imprenta de LA ILUSTRACION GADITANA, calle de S. Miguel, número 18.—Librería de D. Eduardo Gautier, calle de San Francisco.—Librería de los señores Verdugo, Morilla y Comp.^a Plaza de S. Agustín.

CORRESPONSALES.—Madrid, don Felipe Prats, Ricos, 4.—Málaga, don Francisco Moya, Librería Universal, Puerta del mar, núm. 15.—Puerto de Santa María, don Francisco Cañas, Librería, calle de Palacios.—Jerez de la Frontera, don José María Moliné, Tornería 1.—San Fernando, don Ildefonso Antonio Ruiz, San Eduardo, 17.—Sanlúcar, don Inocencio de Oña, imprenta y librería calle de la Bolsa.—Vejer, D. Eugenio Pradier.

NOTA.—Se avisarán los nuevos corresponsales, que tenga DON JUNIPERO.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE:

VICTOR CABALLERO Y VALERO.

CADIZ: 1861.—ILUSTRACION GADITANA, S. MIGUEL 18